

AL PASO DE LOS DÍAS

FRANCESCA GARGALLO

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Índice

Los días del tiempo	9
Los instantes	62
El tiempo	132
El paso	161
A manera de agradecimiento	171

Los instantes

Mira ese reloj
ve cómo disminuye los plazos del día
sin reconciliaciones

MELBA GUARIGLIA,
Sublevación del silencio

Ha empezado la cacería, se sobresaltó el asistente de Ashour Dalband. Su chilaba de pelo de camello gris, demasiado invernal para el calor de esos días azules, barrió el pasillo del jardín interior de la Secretaría de Cultura en el palacio del Ministerio de Educación.

Las flores se desparramaban perfumadas sobre los muros de piedra blanca, los pájaros se resguardaban a la sombra de las hojas de un cedro. La primavera estaba por doquier, mientras el joven sostenía una corta carrera hasta la puerta de su superior. Tres días antes todavía soplaban los vientos frescos de abril cuando lo habían asignado a una improvisada sala de ingeniería electrónica en la parte trasera del ministerio. Y tres días sin hacer ejercicios le pesaban a ese hombre que, bajo los ropones de imán, custodiaba un cuerpo de gimnasta.

El recorrido por los pasillos, escaleras y jardines lo despabiló; al entrar en la oficina de Ashour Dalband, sentía una punta de envidia por Salman Mourad, el escritor al cual otros imanes, en el momento radical de la institucionalización de la revolución islámica de Komeini, habían condenado a muerte. Apetecía sus pasos por el desierto, la libertad de su andar, pero eso no podría decírselo a Ashour Dalband.

—Salman Mourad es uno de los hombres que aparecen en televisión; no tiene guardias, está libre. De sus acompañantes no se ha podido identificar a nadie, salvo a un actor inglés que hace tres años pidió una visa para ingresar al país

—profirió por tanto a su superior.

Dalband recibió la noticia como quien espera confirmar una duda, y dedujo de inmediato que esa situación era fruto de un plan terrorista.

—Dios, alabado sea su nombre, no quiera que alguno de los nuestros esté detrás de semejante estupidez —dijo levantando las dos manos a la altura de sus orejas.

Su secretario echó una rápida mirada alrededor. Sabía que ningún aparato electrónico funcionaba; también, que él y su superior pensaban de la misma manera.

—Quiera dios el altísimo que no haya un solo iraní implicado —respondió.

Sólo había que temerle al espionaje personal y las fórmulas del lenguaje religioso servían para no despertar ninguna duda en un oyente indiscreto.

El largo jugar a las vencidas entre el proyecto educativo de Teherán y el de un occidente que para ellos se resumía en la laica y gozosa Francia, había llegado a un *impasse* cuando la universidad iraní produjo más ingenieras, físicas, biólogas y genetistas en cinco años que la Sorbona en su larga vida. Todas cubiertas por un chador, todas abstemias y creyentes. Un retroceso a la barbarie no era lo que deseaban Ashour Dalband y su secretario. Menos ahora que a la prohibición francesa de entrar en los lugares públicos con el velo se había acoplado la más apremiante amenaza de una invasión estadounidense y un ataque israelí. Para qué matar a un musulmán indio tal como los nacionalistas hinduistas hacen cada día, pensaban los dos hombres. Mejor olvidar las formas extremas de censura, pasar a otro capítulo.

—¿Quién más lo ha reconocido? —preguntó Dalband mientras intentaba imaginar una acción para protegerlo.

—Puede ser que aquí nadie más; nunca se distribuyeron fotos a pesar de la condena —contestó el secretario.

Ashour Dalband se levantó de su cómodo sillón de cuero rojo. Él había viajado fuera del país y sabía muy bien que ese aquí que su secretario había subrayado podía significar

un conjunto de deducciones terribles en otro lado de la tierra, más en ese momento en que sus enemigos buscaban una excusa cualquiera para desatarles una guerra que retrasaría nuevamente su progreso por años.

—Aquí se prohibieron sus novelas, nadie lo conoce, pero en Inglaterra hasta las moscas deben haber visto su foto en las propagandas de sus libros. Es un hombre famoso. Con lo fácil que juzgan los anglosajones, ya deben haber concluido que este lío lo provocamos nosotros. Sobre todo a Washington, le viene como anillo al dedo —le repuso preocupado a su secretario.

El hombre joven se quedó pensativo.

—¿Significa que creen que somos capaces de semejante tecnología? —preguntó después de un silencio.

—¿Es muy elevada? —se interesó su jefe.

—Nuestros ingenieros no se explican qué está sucediendo —contestó el joven.

El viceministro balanceó la cabeza.

—Pues que se apresuren, que para eso pagamos sus estudios.

El secretario bajó la mirada, disponiéndose a volver a su sala de observación electrónica, cuando el otro lo invitó a acercarse:

—No tan de prisa, amigo mío. Siéntese.

Fort Bragg, Texas, 7 de mayo.

Coronel Wasting

Urge investigar el desquiciamiento electromagnético que el planeta está sufriendo. La contaminación eléctrica y magnética podría afectar gravemente la red de supercomputadoras militares.

¿Pueden los chinos haber detonado bombas pulsónicas?

General en Jefe Leopold Worths

En la desolada planicie de Chihuahua, la casa de Jaime Roldán Roldán se detallaba contra el cielo azul sin nubes como un refugio indolente. Siempre había sido así, desde que su bisabuela invitara a que pasaran Villa y sus Dorados para comer y beber agua de melón. Tan abstemia ella como el general, e igual de locos por amar a ese desierto cruel donde sobrevivir implicaba confundirse con la tierra, como los nopales que se arrastran por la arena. También el abuelo había abierto sus puertas a una desconsolada Dolores del Río de regreso de Nevada, ahogada en lágrimas, bellísima y frágil por la pérdida de su único gran amor. Y su madre, tendida en la azotea, al detectar en el cielo de los meses de febrero las constantes circulares de objetos voladores, había pensado invitar a los extraterrestres para un descanso.

Era la casa grande, aquella donde los primos se casan y la gente puede tocar a la puerta por un vaso de agua. Su madre y su padre habían crecido y muerto en ella, pero sus tíos se habían mudado cuando, yendo a la universidad, descubrieron que existía el mar, las fuentes de agua cristalina, los árboles y los jardines. Desde que él tenía memoria, cuando las tormentas de viento azotaban el aire o la sequía mataba de sed y hambre a las vacas y a los becerros, la casa se había abierto para que en ella se refugiaran los vecinos más pobres o un migrante perdido. Ahora su desierto se había convertido en un páramo de violencias cruzadas, en el paradigma de la inequidad, y la puerta de su casa estaba atrancada.

La madre de Jaime Roldán Roldán murió entre sus brazos en el cuarto que levantó un tatarabuelo suyo que venía de la costa y que se quedó con su mujer, una yaqui alta y sonriente, en el desierto desafiando a los jesuitas que lo querían casar y a los apaches que le robaban su ganado.

—Mamá, me dejaste solo.

Roldán Roldán acababa de terminar su licenciatura. Descubrió entonces, metiéndose entre los papeles del estudio, que sus años en Cornell habían terminado de dar al traste con la riqueza familiar. Revisó meticulosamente facturas y cuentas,

y puesto que se había vuelto muy buen economista, decidió traer de vuelta el dinero a sus arcas. No obstante, lo que verdaderamente le había apasionado durante sus años de estudio eran esos cursos libres de ecología que tomaba con maestros que lo llevaban a caminar por los bosques y que su tutor consideraba como una pérdida de tiempo. Había descubierto con ellos la íntima relación entre la noción de vida y la de cooperación, y había gastado sus pestañas con más gusto sobre un libro de biología que en la biblioteca de estudios financieros.

Apenas concluyó el sepelio de su madre y las vecinas, los pastores, la buena sociedad de Chihuahua salió llevándose un recuerdito de la alacena o un chisme acerca de sus poco serias —por no decir chifladas— investigaciones astronómicas, él se dedicó a convertir su casa en un cuartel hermosísimo, perfecto, a medio camino entre el asalto al imaginario y el paraíso. Por supuesto, lo construyó a punta de pactos poco honorables, de victorias sobre otros reyezuelos del tráfico de la goma de amapola, de muchos asesinatos y, en partes iguales, de miedo impuesto y de grandes cantidades de bienes distribuidos.

Jaime Roldán Roldán equipó la casa grande con extravagancias carísimas, pero no necesariamente vistosas. Era un señor, no un muerto de hambre con plata. Con el tiempo, su pasión por los ecosistemas se había convertido en una obsesión por la sobrevivencia, y se imaginaba solo como un Adán del fin del mundo o como un rey empecinado en hacer que su pueblo superara las situaciones más adversas. Seis inmensos aerogeneradores coronaban los muros exteriores y transformaban la energía eólica en la electricidad necesaria para la vida de una comarca hacendosa. El tejado estaba revestido de placas solares, y a sus costados corrían unos canales de acero inoxidable que recogían las gotas de rocío, así como la más pequeña cantidad de agua durante la temporada de lluvias. Atrás de la casa, había nutrido la tierra de las dunas de cáscaras de frutas y borra de café hasta lograr que sostuviera hileras de arbolitos chaparros capaces de aguantar temperaturas de

menos 15 en invierno y más 54 en verano. En las terrazas sucesivas, año tras año sembraba tomates, lechugas, sandías y ejotes que regaba por goteo.

Más allá del jardín de cactus y de una huerta hidropónica para proveer verduritas a un ejército de cien pistoleros, estaban estacionadas unas camionetas ligeras. Alcanzaban los ochenta kilómetros por hora gracias a la placa solar del techo y un condensador de energía eléctrica en lugar del tanque. Un ingeniero y dos mecánicos trabajaban en mejorar su rendimiento e incrementar su potencia. Que las vacas pastaran ahí afuera; adentro, al Edén erigido para prevenir todas las catástrofes sólo le hacía falta una Eva.

—Una esposa nomás —suspiró Jaime Roldán Roldán.

Nadie se daría cuenta de su desazón, nadie se había dado cuenta jamás de que caminaba sobre una cuerda floja tendida entre dos abismos: por arriba el del desgarramiento de una moral ancestral, y por debajo la sinrazón de un mundo que percibía al borde del colapso.

Suspiró nuevamente. No, él era más cabrón que su propio desasosiego, más duro que la pena de no tener a una yaqui sonriente que lo acompañara en su desierto ni a un heredero al que remitir su paraíso. Al levantarse del sillón de cuero crudo, ordenó con la cabeza a su segundo que siguiera mirando la televisión.

Le gustaba ser infeliz en la frescura silenciosa de la casa grande, le gustaba ser tan infeliz como para convertirse en el personaje de esa mansión de personajes sucesivos. Su propia rigidez era la causante de que no se enamorara para respetar una tradición no oficializada que había llevado a las cuatro generaciones anteriores a la suya a casarse entre primos hermanos. Cruzó el jardín de cactus, la huerta, el estacionamiento y fue a las caballerizas.

—Así que tu viejo todavía sabe de telegrafía —dijo el caballerango de su cuadra de raza azteca... Caballos que de indio no tienen nada, pensó, todos blanquitos, mitad árabes, mitad lipizanos, pero en fin, corren y pueden hacer monerías.

El caballerango afirmó con la cabeza:

—Pos, fue cincuenta años telegrafista; cuando yo nací estaba pensionado, pero se sabe todito, desde el tendido de los hilos hasta el código ése, el Morse, de puntitos y líneas para pasarse mensajes.

Jaime Roldán Roldán sonrió. De repente, como si entre la desazón y el entusiasmo no mediaran sino unas cuantas palabras, se había transformado en un niño que acomoda los soldaditos de plomo en la mesa de la cocina y se dispone a ordenar el ataque contra el cuartel enemigo.

—Ahora sí que nos los vamos a chingar, a esos gringos matracas.

El caballerango miró al patrón reírse y se rio a su vez.

—Como usted diga, don Jaime.

—Tu papá y yo vamos a acabar con ellos —insistió Roldán. Agachó la cabeza y dijo más para sí mismo que para el viejo curtido que le cuidaba los cuacos—: esta chingadera no tiene vueltas; para que todas las cosas se comuniquen deben tener algo común, creo que la razón está siendo comida por una fuerza más grande. Es como si el tiempo fuera a cambiar.

Intuía sin saber ni una pizca de física; y daba en el clavo:

—Creo que lo que ahora sobrevive, es lo que no ha terminado de ser colonizado por la tecnología digital: donde todavía hay luz es porque no le ha llegado el encendido más moderno, como en ciertos barrios de la ciudad de México, o porque se sostiene en electricidad alternativa, como aquí. ¿Cachas lo que te digo? —no esperó que el caballerango respondiera—. En fin, el mundo tal y como lo conocimos ha muerto, pero va a tardar en pudrirse por completo y algunos creerán por un rato que el cadáver sigue vivo porque sus uñas van creciendo.

El hombre que lo escuchaba desvió la mirada; no entendía nada de lo que el patrón le decía, pero no por eso iba a desmentir sus palabras. A los cincuenta años era una sombra que había visto transformarse muy poco su horizonte, aunque todo a su alrededor se transfigurara. El desierto se le fue lle-

nando de casas, asesinos, pistas de aterrizaje, fábricas que se roban la arena; las huertas que sobrevivían el frío del invierno y el ardor de mayo, las milpas en que se enterraban ollas de barro llenas de agua para que las plantitas sacaran gota a gota el líquido vital, aun el ganado de cuernos largos, habían desaparecido; y él se sentía solo en ese páramo donde los cactus se volvían grises. El patrón era un patrón y le sería fiel porque así debía ser, pero su padre fue un hombre libre y su abuelo combatió contra los hacendados. Un dolor antiguo, la llaga de la traición que el mundo le había propinado, le molestaba cada vez más desde que iba haciéndose viejo. Al acostarse, la abultada deuda que la vida no le pagaría lo llevaba a dar vueltas en el catre, sintiéndose cercado, atrapado entre ciudades lejanas, circundado por hombres que no entendía, rodeado por mujeres que no lo respetaban. El caballerango no podía lanzarse al galope por las dunas porque desde un más allá demasiado cercano había ojos que escrutaban el desierto, le ponían vallas, decidían por el campo, determinaban la vida de los hombres que como él creyeron por un momento ser libres.

Ahora el patrón decía cosas raras como que el mundo conocido estaba muerto y le pedía consejo. Él adivinaba que eso era fruto de algo tan grande que quién sabe qué sería; y que se relacionaba con la televisión bloqueada y los teléfonos cortados. Esa falla en las comunicaciones no agudizaba su malestar por la tecnología; por el contrario, despertaba en él el desconcierto de un preso que de repente ve aflojarse las amarras y todavía no sabe qué hacer con los movimientos que recupera.

—Patrón —dijo entonces con su ingenuidad más franca que simple—, ¿podemos hacer algo?

Jaime Roldán Roldán movió la cabeza de un lado a otro. Mientras miraba a su caballerango echarse hacia atrás el sombrero y rascarse la frente, por sus ojos pasaron las imágenes de un mundo que iba a volverse, debía volverse, nuevamente campesino, verde, jugoso. Soñaba con ser su artífice y se imaginaba a caballo entre trigales o limpiando frijoles

entre mujeres en un patio de adobe blanqueado con cal. En todos los ranchos sus molinos de viento garantizarían la luz, los arbolitos atraerían la lluvia, en cada pueblo niñas y niños, de los 7 a los 17, irían a la escuela, mejor a un internado, donde leerían los libros de su interés, escribirían sus fantasías, estudiarían geometría y agronomía, y sus vacaciones las determinarían el calor, la siembra, la cosecha, sus deseos de viajar...

Pasó de las fantasías idílicas a la calculada construcción de ese mundo. Rápidamente sumó factores diversos, identificó las necesidades. Vivía a noventa kilómetros de la frontera, producía alimentos frescos, los molinos de viento estaban conectados a condensadores caseros: la suya era una tecnología autónoma. Tenía armas y hombres a sus órdenes; le faltaban brazos campesinos: era necesario traerlos de vuelta.

—Sí, podemos —dijo al fin Jaime Roldán a su hombre.

Era un joven atractivo acostumbrado a mandar; sus ojos almendrados recordaban rasgos de indios rebeldes y el pelo suave que se despeinaba en el aire delataba su tendencia a soñar despierto. A su alrededor, la gente parecía estar agradecida de obedecerle. O se dejaba convencer por sus argumentos, que expresaba haciéndose acompañar por hombres armados que se quedaban a la zaga, cual si no anduvieran con él. La tristeza que le cruzaba el semblante cuando se quedaba solo, lo tornaba todavía más fácil de querer, así que había tantas abuelas que rezaban por él como muchachos que le pedían de favor el trabajo de protegerlo.

—Podemos —repitió levantándose sobre sus piernas largas y fuertes—, podemos hacer de Chihuahua un paraíso que se alimente a sí mismo.

Los ojos de Roldán no brillaron mientras decía esas palabras, más bien se volvieron pozos profundísimos y opacos. El caballerango vio a un joven sabio, a un rey; le sería fiel hasta la muerte, ese era su destino.

Base Kirtland, New Mexico, 10 de mayo.

General Worths,

Ninguna de las fuentes de microondas capaces de generar y liberar grandes radiaciones ha sido utilizada por nosotros. Nuestros circuitos electromagnéticos no están carbonizados, simplemente no funcionan.

Temo recordarle que las bombas pulsónicas ya no son un secreto y que es posible construirlas con componentes comerciales.

Coronel de las Fuerzas Aéreas Maxwell Wasting

Boldbaatar Uuganjii miró el pasto amarillo de su tierra después de tres años sucesivos de *dzud*, crudos inviernos con poca nieve sucedidos por veranos ardientes, cortos y secos, y pensó que esa primavera tampoco traería herbajes suficientes para los caballos, los borregos y las cabras de su familia. Por mucho que no le gustara el fin del invierno y de su recogida intimidad, mayo debería traer un lodoso y húmedo despertar de la naturaleza. La nieve al fundirse debería reverdecer el altiplano de Sangilen, los caballos deberían pastar alrededor del Kharkhira Gol, así como los yaks y los camellos, y aun en las dunas de arena de Boorog Deliin Els, el desierto más al norte del mundo, deberían reverdecer los carrizos y los arbustos espinudos de saxaul que se concentran en el fondo de sus hondonadas; toda Mongolia debería ser el verde espejo del cielo más azul de la tierra. Apretó los puños y la mandíbula... pero siete extraños pisaban una hierba apisonada y café en los valles donde había crecido.

—¿Quién demonios son esos viajeros? —preguntó el ministro de Comunicaciones, con una voz que el insomnio había vuelto ronca—. ¿Y qué demonios hacen las siluetas de la cordillera de Tsagaan Shuvuut en las televisiones de los pueblos más alejados de China y Rusia?

El héroe de acero, que eso significaba Boldbaatar, en

varias ocasiones había hecho honor a su nombre, aunque ahora ya no estaban de moda los apelativos que recordaran al simbolismo soviético. Había encarado durante el último plan quinquenal y hasta 1991 al primer ministro cuando declaró que los nómadas debían ser asentados en las ciudades, y se había enfrentado al nuevo capitalismo cuando todos los miembros de su clan volvieron al nomadismo para no morir de hambre.

El general Davaanyam estaba de pie frente a él, con las piernas ligeramente abiertas. La directora del Centro Mongol de Turismo Nacional, señora Batnasan, se erguía medio metro a su izquierda. Ambos esperaban que Boldbaatar Uuganjii les diera unas luces, les explicara qué estaba pasando; por ello se habían presentado corriendo apenas él los había mandado llamar. La segunda acababa de llegar en una camioneta destartalada del lago Baikal, cerca de Irkutsk, en Siberia, y el primero había pasado la noche en su oficina, revisando los partes que le habían entregado tres informantes que volvían de las ciudades chinas de Hailar, Huhhot y Urumtsi, al este, sur y oeste de la frontera.

—Están perdidos y son incapaces de encontrar a las familias que llevan sus rebaños a protegerse en esas hondonadas durante el invierno. Debería haber algunas todavía por la zona, aunque la nieve ya se ha fundido. Ya sabes que sin nieve ahí no hay agua para la sobrevivencia —contestó la señora Batnasan.

—Por supuesto que lo sé, pero ¿qué hacen caminando en ese erial cuando están a unos cuantos kilómetros de la Depresión de los Grandes Lagos? —repuso el ministro.

—No creo que sean turistas —contestó ingenuamente la señora Batnasan—. No llevan guía.

Al ministro le gustaba rodearse de su gente. Como él, los otros dos cuando niños habían migrado de la cordillera de Tamui Ola en la frontera rusa hasta las orillas pantanosas del lago de Uvs con sus caballos y sus bestias al subir y bajar de los campamentos de invierno. Juntos dejaron a sus familias a los siete años para dirigirse al internado de Tes, donde estudiaron con kazakos y dorvod; a los trece años, habían ingresado al li-

ceo de Ulaangom y, tras superar los exámenes soviéticos para entrar a la universidad, se habían ido a Ulán Bator. Frente a ellos podía permitirse dudar, y hasta mostrarse cansado, pero tampoco consentiría que lo rodearan sólo nómadas ignorantes. El general tosió antes de tomar la palabra.

—Sí, están a un paso de nuestras tierras —confirmó—. Pero —preguntó a su vez—, si no son turistas, ¿qué hacen allí? En esta época no hay nieve para ir a cazar, ni hay sol para calentarse, y los caballos están tan flacos que nadie se los va a rentar para montarlos.

La televisión prendida mostraba en todos los canales las mismas imágenes.

—Caminan —contestó irónicamente el ministro.

—Y hablan —agregó la directora del Centro Mongol de Turismo Nacional.

Miraron por unos instantes las pisadas de cabras y camellos, cosa de una o dos semanas antes, en la tierra que esos siete recorrían. La nieve se había fundido y las dunas escondían tras los reflejos dorados de arena tanto los cercanos arbustos de saxaul como los más distantes bosques de alta montaña, guarida de águilas, lobos, venados muscados, leopardos de las nieves y cabras de monte. Si esos caminantes fueran hacia los montes se encontrarían con ríos, cazadores curtiendo sus pieles, pastoras que les ofrecerían té, pan y mantequilla, pero parecían no hacerlo, como si hubiesen perdido toda dimensión del espacio en medio de esas dunas chatas, que se echaban, indolentes como un cuerpo en reposo, por doscientos cuarenta kilómetros de largo y cincuenta de ancho sobre los valles de Uvs.

—¿Debemos mandar por ellos? —preguntó de repente el general—. Tengo la impresión que no saben siquiera dónde están. Son capaces de morir de sed estando tan cerca del agua.

—Alguien ya habrá ido desde Ulaangom o Tes.

Boldbaatar enarcó una ceja. En su país todos ayudarían a esos extranjeros. Los mongoles dependían en gran medida del turismo, a la vez que eran nómadas acostumbrados a la

hospitalidad. Guardó silencio por un rato antes de preguntar.

—¿En Rusia y en China saben que esta gente está aquí?

—No, la imagen no tiene ninguna profundidad; sólo quien ha caminado esas tierras reconocería que están a un paso de la República de Tuvá, entre el Tsagaan Shuvuut y el Khankhokhi —contestó la directora de Turismo.

—Mientras no aparezcan los picos de Kharkhiraa y Turgen en el horizonte —gruñó el general.

—Exacto, entonces los rusos se preguntarán qué hacen esos siete idiotas tan cerca de sus zonas autónomas —rechinó los dientes el ministro.

Ni uno de los tres podía explicarse qué estaba sucediendo, pero una ansiedad, un temor parecido al de los yaks cuando rondan los lobos, los mantenía de pie frente a una televisión que mostraba imágenes movidas, tropezadas casi, mientras todos los demás medios de comunicación estaban intervenidos por un sonido que desde lejos recordaba las voces de los mismos personajes que se veían en ellas.

Boldbaatar, que los conocía bien, sabía que a los rusos no les gustaba la elección mongola de una economía capitalista dependiente de alguien más que ellos; el general Davanyam recelaba como todos los mongoles de los chinos; y la directora de Turismo se sentía azorada por esos viajeros que desde hacía diez años venían por centenas a escuchar que no podrían atravesar Mongolia de lado a lado a lomo de caballo y que se empecinaban en hacerlo de todas formas.

—¿Quién los anda buscando? —preguntó de sopetón Boldbaatar.

No era un modo muy propio, pero los otros dos respondieron con calma.

—Aparentemente, nadie.

En realidad, no lo sabían; ellos tampoco recibían muchas informaciones. De la presidencia les había llegado a sus escritorios por la mañana el absurdo comunicado oficial que desmentía los rumores de una guerra, mismos que nadie había levantado, y que ratificaba los valores de la amistad con

todos los pueblos de la Tierra. Por otro lado, con los medios de comunicación intervenidos, los informantes debían cruzar centenares de kilómetros para llevarles las noticias.

—¿Y no contamos ni con un vil mensajero a caballo que nos pueda poner al corriente? —insistió el ministro.

La señora Batnasan entonces suspiró y el rostro redondo se crispó en una mueca.

—Es un caos —chilló—. Los trenes todavía funcionan y tenemos reservas de carbón, pero los aviones no pueden despegar: el aeropuerto está tomado por turistas que quieren regresar a sus casas, las avionetas que todavía arrancan no tienen combustible y los últimos pilotos que han llegado cuentan que todos los aeropuertos están en las mismas condiciones. Los carros japoneses no arrancan y para las camionetas rusas nos falta diésel. Es apenas el principio de la estación turística, y aun así no sabemos cuántos extranjeros están desperdigados en el país. La oficina que otorga las extensiones para los permisos de residencia ha cerrado sus puertas y en las fronteras ya no se revisan las fechas de llegada para permitir la salida. Es como si de repente todos entendieran que es necesario dejar pasar a la gente.

—Hay muchas televisiones en las *ger* —dijo después de escucharla el ministro—; muchos de los nuestros ya saben dónde están.

—Sí, pero por el momento sólo están pensando que la programación es aburridísima.

El general recordó su última visita a la tienda de su madre, cuando él mismo tuvo que salir al viento helado para acomodar la antena que a floraba por debajo de los faldones de fieltro y las placas de energía solar apoyadas en una piedra al lado de las pilas de leña para la estufa.

—Ese valle tiene tres mil quinientos kilómetros cuadrados —dijo un poco incómodo.

—En efecto —quiso ser irónico el ministro—, y nosotros no somos capaces de saber cómo esos tipos llegaron ahí: ¿no tenemos puestos de frontera, patrullas?